

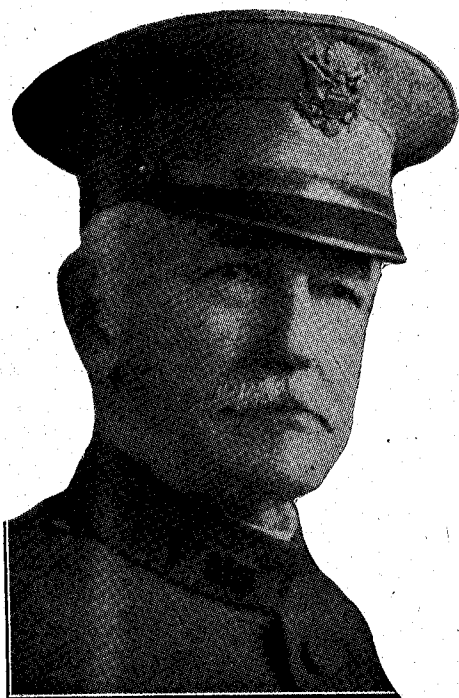
NECROLOGIA

William Crawford Gorgas

EL día 4 del presente julio, fecha en que la Unión Americana celebra el glorioso aniversario de la declaración de su independencia, murió en la capital del Imperio Británico uno de los hombres que pueden considerarse más representativos de la mentalidad y el carácter americanos: William Crawford Gorgas. Su muerte

representa una pérdida, no sólo para su país, que suyo honrarlo ampliamente durante su vida, sino para el mundo entero, que en más de una ocasión tendrá que acordarse de él por los trabajos de higiene que, merced a su fecunda y vigorosa iniciativa, se realizaron en beneficio del comercio mundial y de la humanidad.

El doctor Gorgas, uno de los higienistas más conspicuos de la era contemporánea, nació en Mobile, Alabama, el 3 de octubre de 1854; hizo sus primeros estudios en la Universidad del Sur y después ingresó a la Escuela de Medicina y Hospital de Bellevue, en donde recibió su título de médico el año de 1879. Fué interno en ese hospital e ingresó más tarde al ejército como médico militar; durante la ocupación de Cuba por los Estados



William Crawford Gorgas.

Unidos, estuvo al frente del servicio sanitario de 1898 a 1902, y en 1904 pasó al Istmo de Panamá, primero como Jefe de Salubridad y más tarde como miembro de la Comisión del Canal. Sus servicios eminentes, que después señalaremos, le fueron asegurando diversas promociones en su carrera militar, habiendo sido designado por una ley especial del Congreso Americano, para el grado más alto, el de mayor general vitalicio. Recibió durante su vida honores grandes y merecidos, de los gobiernos, universidades y sociedades científicas de diversos países. Fué presidente de la Asociación Médica Americana, de 1909 a 1910; miembro de la Sociedad Ame.

ricana de Medicina Tropical, de la Asociación Americana de Salubridad Pública, en la que se hizo amigo de diversos higienistas mexicanos; de la Asociación de Médicos Militares; miembro honorario de la Academia de Medicina de Nueva York y del Colegio de Médicos de Filadelfia y miembro asociado de la Sociedad de Patología Exótica, de París. Tenía grados honorarios que le fueron conferidos por las universidades de Oxford, Pennsylvania, Harvard, John Hopkins, Tulane, Lima y otras. Recibió diversas medallas de carácter científico: una de la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool, otra especial de la Asociación Médica Americana y algunas más. Por último, tenía diversas condecoraciones que le habían sido conferidas por algunos gobiernos: el de los Estados Unidos, el de la República Francesa, el Imperio Británico y el Reino Belga. Su muerte, debida a una hemorragia cerebral, fué ocasión de honores excepcionales, que le fueron tributados en la famosa Catedral de San Pablo, de Londres.

El doctor Gorgas, fué un higienista de gran relieve, no tanto por sus descubrimientos en esta rama de las ciencias médicas, sino por el innegable talento y la prodigiosa actividad que, unidos a un raro espíritu de iniciativa y organización, le hicieron llevar a cabo obras de higienización realmente admirables y de resultados trascendentales. Desde que ingresó al Cuerpo Médico Militar, sus inclinaciones le hicieron dedicarse a trabajos de salubridad y, cuando estuvo en la Habana, aprovechando los trabajos memorables de la Comisión que estudió la fiebre amarilla, planeó y dirigió con una tenacidad y una ciencia, notables en verdad, la campaña que en poco tiempo (algo más de un año) habría de convertir aquel puerto, en donde el vómito hacía tantas víctimas de mucho tiempo atrás, en un lugar absolutamente libre de esa mortífera enfermedad. Las prácticas instituidas por el doctor Gorgas en aquella memorable campaña, sirvieron de modelo a las realizadas posteriormente en Veracruz, Río Janeiro, Nueva Orleans, etc., y han permitido que la fiebre amarilla deje de reinar endémicamente en dichos lugares, con gran ahorro de vidas y de pérdidas económicas.

Era natural que al tomar posesión los Estados Unidos de las obras del Canal de Panamá, fuera puesto el doctor Gorgas al frente de los trabajos de saneamiento que debían de ser los preliminares indispensables de las colosales obras de ingeniería ahí realizadas. Así se hizo; la higiene moderna sirvió de avanzada a la ingeniería contemporánea y pudo realizarse merced a esta estupenda corporación el milagro, soñado por Lesseps, de juntar las aguas de los dos océanos. Panamá había sido hasta entonces la «tumba de los hombres blancos», uno de los lugares más enfermizos del globo; en su seno habían sucumbido innumerables trabajadores que, a los cuantos días de su llegada, veían tronchada su vida por la fiebre amarilla, el paludismo, la tuberculosis, etc. El doctor Gorgas, al encargarse de la campaña de higienización y saneamiento del Istmo, puso en práctica todas las dotes relevantes que le caracte-

rizaron: la incommovible fe en la ciencia, su espléndido espíritu de organización, la energía férrea de su carácter, la fuerza irresistible de su persuasión; y en poco tiempo, la vida se hizo posible en ese infierno humano; la morbilidad y la mortalidad fueron disminuyendo con una rapidez prodigiosa, y el nombre de Gorgas quedó unido desde entonces a uno de los mayores triunfos, si no es que el primero de la medicina preventiva. Sus admirables servicios hicieron nacer una era nueva para la higiene y, al permitir la comunicación interoceánica, abrieron también una era nueva para el comercio y la civilización. Gorgas merece una estatua en Panamá, frente a la que va a levantarse ahí al gran navegante vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico.

La reputación del célebre higienista se extendió por todas partes: con frecuencia fué consultado por diversos países y gobiernos acerca de importantes problemas de higiene, de saneamiento y, en general, de medicina; en 1913, a invitación del Gobierno inglés, marchó al Africa del Sur, en donde realizó trabajos de gran importancia para acabar con la neumonía que se estaba desarrollando entre los mineros; en 1915, a la cabeza de una expedición enviada por el Instituto Rockefeller, fué a estudiar los focos de fiebre amarilla en Sud-América y en la América Central, prosiguiendo estas investigaciones en el Ecuador después de la tremenda guerra que acaba de pasar. Durante ella, comisionado en el servicio militar americano, prestó eminentes servicios en la organización de los equipos sanitarios que tantos bienes derramaron en los campos de batalla; y, cuando supo de la terrible epidemia de tifo que estaba desarrollándose en Servia, pidió a su Gobierno que le dejara ir a combatirla: su petición no fué atendida, seguramente porque se creía, con razón que, su labor era todavía más necesaria en Washington. Pasada la guerra, fué uno de los que más se preocupó por la suerte de los que regresaban inválidos de los campos de batalla, e inició los trabajos de los Servicios de Ortopedia y Reconstrucción que están permitiendo que muchos que se creían inutilizados para siempre, vuelvan a su trabajo, en bien de sí mismos, de sus familiares y de la colectividad. La muerte lo sorprendió, en Londres, de camino al Africa Occidental, a donde iba con una misión de carácter higiénico, que le había sido encomendada por el Instituto Rockefeller.

Gorgas entra a la inmortalidad, para ocupar un lugar de elección al lado de aquellos grandes hombres, que se llamaron Pasteur y Lister, Koch y Petenkofer. Su nombre perdurará, indudablemente, en las academias científicas, en las corporaciones mercantiles e industriales, en todas partes, como el de una vigorosa personalidad que supo hacer de la ciencia un instrumento poderoso para la felicidad y el bienestar humanos. Su obra es la consagración definitiva de la medicina preventiva, de la medicina del porvenir, de la que no tendrá ya que curar porque, merced a sus esfuerzos, la enfermedad se habrá batido en retirada. Los médicos

y, en particular, los higienistas mexicanos, colocan en la tumba del ilustre facultativo norteamericano, el homenaje de su admiración y de su respeto.

México, 26 de julio de 1920.

Alfonso Trumida

Secretario General
del Departamento de
Salubridad.

DE TODAS PARTES

A. Knauer (Würzburg), Ueber die Behandlung der Paralyse und der Hirnsyphilis mit Salvarsaninjektionen in die Karotiddep. (*Sobre el tratamiento de la parálisis y de la sífilis cerebral por medio de inyecciones de Salvarsán en las carótidas.*)—*M. med. Woch.*, 1919, número 23.—Como los métodos hasta hoy conocidos (Swift y Ellis, Hammond, Gennerich) no han llegado a realizar una acción profunda sobre la substancia cerebral, ahora trata Knauer de introducir el medio terapéutico hasta el cerebro, llevándolo por medio de la sangre de las carótidas, para cuya práctica incita todavía más el hecho de que las alteraciones vasculares son el punto de partida de las lesiones cerebrales de la parálisis general. Previamente se demostró que la introducción de la cánula, en los animales, era enteramente inofensiva. Knauer inyectó a paráliticos avanzados 0.45 gms. de salvarsán en 10 c.c. de agua destilada, al principio, en la carótida interna descubierta. Más tarde encontró que la inyección podía hacerse percutánea en la carótida primitiva, segura y fácilmente, estando la cabeza colgante. En dos años ha practicado 128 de estas inyecciones en diecinueve enfermos, sin determinar nunca incidentes de importancia, ni alteraciones vasculares aneurismáticas, ni siquiera después de veintidós inyecciones consecutivas practicadas en un mismo enfermo. Las inyecciones fueron repetidas cada 6-8 días, hasta completar una dosis total de 4,5 gms., pero el intervalo puede acortarse. Con excepción de dos casos, en los demás enfermos se observaron notables remisiones que en algunos llegaron a permitirles trabajar, en tanto que en aquellos que empeoraban, cada nuevo tratamiento hacía patente una nueva remisión. El contenido citológico del líquido céfalo-raquídeo se redujo regularmente de modo notable; en los $\frac{2}{3}$ de los casos la reacción de Wassermann de la sangre se hizo negativa y la del lí-